

Catarsis

(Recordando a Vallejo)

por Fernando Martínez Sifuentes

CATARSIS (Recordando a Vallejo)

Será porque uno siente como propia
la curvatura del prisma donde atisbas
la cirenáica escasez de heraldos blancos.

Porque se anda aquí y allá,
ahíto de tantas lobregueces,
indagando la sal de nuestra esencia.

¿En qué canija hora
se extraviaron
las mugrientas bisagras
del linaje?

O tal vez porque se palpan
los bastardos tubérculos del miedo
ante la ajada gracia
de saberse uno mismo tan palomo,
tan apenas molusco,
tan hoja inconsistente . . .

Será por eso tal vez,
viejo porfiado,
que uno enciende la chispa en la penumbra
decidido a limar su carcinoma
a la luz redentora de los verbos.

CARTAS DE RELACION

I
Aquí efervece la rabia entre las venas
y el hambre se amotina
fustigando el corcel de las discordias.
Por eso digo
que a Usted le florece el alkaséltzer.

II
¡Y se lava las manos tan callando
en tanto se encarnece
al Cristo de los nuevos sanedrines . . . !
Claro está,

wilson le viene.

O por lo menos,
en tanto el agua no le alcance
los sonrientes perímetros del cuello.

III
¿Que si esparcía los vientos tempestades?
¿Que si usa calzoncillos de once varas?
¡Qué mas dá . . . !

Lo que ahora importa
es guardarle un espacio a la decencia,
a la avidez de ser que les devora.
¡Es por ello que marchan
solventando sobre sí los días aciagos!

IV
Tío:
suplícole se abstenga.
No la verá llegar,
ni mucho menos.

DESDE TU VOZ

 Digito
la cifra conveniente
descuelga tu voz
y la acaricio
oigo tu alma
bebo tu cáliz
pienso tu cuerpo
palpo tu ropa
lavo tu cara
muerdo mi espacio
cerco tus labios
 Pero
 tu nombre

 no lo digo
 lo resuello

APOLOGIA

 Porque sí
 nadamás
porque les nace
porque les cabe en la flor
 el ser distintos
transitan sus días
y sus memorias
uncidos a un impulso crepitante

 Si se quiere saber
no es más que verles
 domesticar
las frondas de sus ansias
 para alternar
su habitual labor de zapa
con el duro quehacer
 que se profesa
 aprisionar
con prometeico gesto
la gladiola de abismo
en que se abisman
 lapidar
 (en lo posible)
la retórica misma
de este morir a pausas que comparten
 apabullar
 en fin
la murria viscosa
 que les hiede

 Entonces
que nadie pregunte
 sueñan
 vuelan
son maniacos
cortan versos
 los poetas
son así

AMIGO

Dejemos caer esta palabra,
pródiga de resonancias y de efluvios,
para que se alboroten las alondras y los gatos
 vecinos de los cantautores;
para que crezca en el jardín la rosa rosa
y se salten las trancas los potrillos;
para que las manos se estrechen fuertemente
y se batan las alas de los castos besos.

Sí, que restallen sus letras bien sonoras
en la irresponsable frialdad del pavimento;
que chillen sus ecos en los muros,
 que bramen
y que incluso se empasten
en el rostro senil de las puercas
 soledades.

Demasiado sabemos que por ella
también se tronchan ramas y se vierten lágrimas,
que el ímpetu del viento se redobla
hasta agrietarle la piel a los desiertos.

Pero,
no le prestemos voz al desaliño
ni agravemos la insania de los nomeolvides.
Antes bien . . .

 reinventemos
 la dulce
telaraña del paisaje.
Digamos salud y que reluzca
su irreprochable estirpe
 jonatana.

POEMA PARA RESISTIR
LO ABSURDO DE LA MUERTE

No hablemos de las consabidas novísimas,
ni del ciclo vital de las crisálidas,
ni de morfemas y fonemas afines,
porque

ultimadamente:

¿Qué de ti?
¿Qué de el?
¿Qué de nosotros?
¡Si lo desconocemos todo!
¡Si ha tiempo que asistimos,
con el azoramiento impregnado en las pupilas,
al cotidiano espectáculo de nuestra propia
muerte!

Ya ves que,
poseídos de recónditos furors,
nos dejamos vivir y ser vividos
haciendo que ignoramos lo que somos:
racimos de emboscadas esenciales,
el cebo incoloro de la nada.

Que se murió Sergio . . .
Así, tan escuetamente me lo dices.
(También se muere uno
como hacerse a un lado)

¡Con qué facilidad nos dan de baja!

Ante esta deshonesta perspectiva
de pronto te acomete
la gana de parar,
de no hacer nada,
de tumbarte rendido a ras de tierra
a espolear lo pastoso del enigma.

Y es que hoy
nos sacude el dolor de no ser piedra,
o lluvia,
o perro,
o mar,
o almendra,
o tromba,
de ser nosotros mismos,
sin más y oblicuamente.

¿Por qué amanecemos revestidos
de nuestros propios trapos?
- me preguntas -
¿A qué los afanes cotidianos?

No digas más . . .
Mejor
recitemos la prosa de la vida,
¡resistamos lo obscuro de la muerte!
Echémonos la duda en los bolsillos
y salgamos al mundo recoletos,
calados de versátiles sonrisas.

Te hablaría de cosas, mi hermano . . .
Pero mira,
dejémonos de tales,
lo cierto es que marchó
y no somos quienes

de ponderar siquiera
la exacta dimensión de la tragedia.
¡Valemos lo que el óxido de fierro!
¡Vivimos del aire que nos prestan!

Aún más:
qué poco,
pero en verdad, qué poco sabemos
de las mentadas,
susodichas,
crisálidas.